

ECONOMÍA DE NUESTRO TIEMPO (XVII)

Hacia una nueva economía de los recursos energéticos

Los que iniciamos nuestros estudios de Economía en la segunda mitad de los años setenta difícilmente podíamos sustraernos a la percepción de que la nuestra, como la había descrito Thomas Carlyle un siglo antes, era una ciencia bastante lúgubre. Y no sólo por el efecto que estaba teniendo ya sobre la economía mundial —y sobre la española, de un modo retardado, pero luego mucho más intenso— la crisis energética desatada a partir de 1973; además, y sobre todo, por las sombrías perspectivas que parecían abatirse sobre el futuro. Dos libros, publicados en 1972 y 1974 en inglés, y un año después, en cada caso, en español, pintaban un cuadro casi apocalíptico de la evolución de la economía mundial —de la humanidad, en realidad— si no se adoptaban medidas radicales para cortar las tendencias de crecimiento hasta entonces prevalentes. Con el fondo, muchas veces, de las inquietantes imáge-



Juan Carlos Jiménez es profesor titular de Economía Aplicada en la Universidad de Alcalá y, en la actualidad, vicerrector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Autor, con J. L. García Delgado, de *Un siglo de España. La economía*, ha publicado diversos trabajos sobre el proceso de industrialización en la España contemporánea, el papel del crédito oficial y la empresa pública, así como otros relacionados con la financiación industrial y el sector energético.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia,



nes en blanco y negro que mostraban los noticiarios de la época sobre las reuniones de los líderes de la OPEP, preludio de alzas en los precios del crudo llamadas a agravar aun más la situación de crisis, los alumnos buscábamos en aquellas obras, de referencia obligada por entonces, el llamado *doomsday*, el día del «juicio final», más próximo o alejado según los escenarios propuestos, pero no tanto como para escapar a nuestro propio horizonte vital.

Las portadas de aquellos libros de pequeño formato eran ya de por sí bastante tenebrosas: de negro funerario el primero de ellos, el titulado *Los límites del crecimiento*, con la imagen secuencial de un globo terráqueo que se descomponía en mil pedazos; de rojo sanguino el segundo, *La humanidad en la encrucijada*, que mostraba un duro camino de pizarra que se bifurcaba tan incierto como el sendero del jardín borgiano. De acuerdo con estos textos, el crecimiento de la población y, sobre todo, el uso de los recursos no renovables –y, dentro de ellos, muy destacadamente, los energéticos– llevaría más temprano que tarde al colapso final de la humanidad. De ahí que se les tildara de «neomalthusianos». Concluía el prime-

→

Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo. La música en España, hoy, La lengua española, hoy, Cambios políticos y sociales en Europa, y La filosofía, hoy. 'Economía de nuestro tiempo' es el tema de la serie que se ofrece actualmente. En números anteriores se han publicado ensayos sobre *Empleo y paro: problemas y perspectivas*, por José Antonio Martínez Serrano, catedrático de Economía Aplicada en la Universidad de Valencia (diciembre 1999); *Crecimiento económico y economía internacional*, por Cándido Muñoz Cid, catedrático de Economía de la Universidad Complutense de Madrid (enero 2000); *Liberalización y defensa del mercado*, por Miguel Ángel Fernández Ordóñez, ex presidente del Tribunal de Defensa de la Competencia (febrero 2000); *Economía de la población y del capital humano*, por Manuel Martín Rodríguez, catedrático de Economía Aplicada en la Universidad de Granada (marzo 2000); *El subdesarrollo económico: rostros cambiantes*, por Enrique Viaña Remis, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Castilla-La Mancha (abril 2000); *Economía, recursos naturales y medio ambiente*, por Juan A. Vázquez García, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Oviedo (mayo 2000); *La economía internacional, entre la globalización y el regionalismo*, por José María Serrano Sanz, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Zaragoza (junio-julio 2000); *Finanzas internacionales y crisis financieras*, por Emilio Ontiveros Baeza, catedrático de Economía de Empresa en la Universidad Autónoma de Madrid (agosto-septiembre 2000); *Keynes, hoy*, por Antonio Torrero Mañas, catedrático de Estructura Económica en la Universidad de Alcalá de Henares (octubre 2000); *Política tributaria y fiscal en la Unión Europea*, por José Manuel González-Páramo, catedrático de Hacienda Pública en la Universidad Complutense de Madrid (noviembre 2000); *Economía y organizaciones*, por Vicente Salas Fumás, catedrático de Organización de Empresas en la Universidad de Zaragoza (diciembre 2000); *El sector público en las economías de mercado*, por Julio Segura, catedrático de Fundamentos del Análisis Económico de la Universidad Complutense de Madrid (enero 2001); *El horizonte económico iberoamericano*, por Juan Velarde Fuertes, profesor emérito de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid (febrero 2001); *El empresario. Justificación y función*, por Álvaro Cuervo, catedrático de Economía de Empresa y director del departamento de Organización de Empresas de la Universidad Complutense de Madrid (marzo 2001); *La política monetaria de la Unión Europea*, por José Luis Malo de Molina, director general del Banco de España (abril 2001); y *Las actividades de I+D y la innovación tecnológica*, por Carmela Martín, catedrática de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid y catedrática Jean Monnet de la Comisión Europea (mayo 2001).

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

HACIA UNA NUEVA ECONOMÍA DE LOS RECURSOS ENERGÉTICOS

ro de aquellos informes al Club de Roma: «en la hipótesis de que no se produzcan cambios sustanciales en el sistema actual, la población y el crecimiento industrial se pararán ciertamente dentro del próximo siglo, lo más tarde». No es extraño el predicamento pronto alcanzado por *Los límites del crecimiento*: además del propio prestigio de sus autores, investigadores del reverenciado Instituto Tecnológico de Massachusetts, auspiciados por el Club de Roma, la obra había sido concluida casi dos años antes del estallido de la primera crisis del petróleo. Se había anticipado a una dislocación de la economía mundial difícil de predecir, y menos en esa magnitud, a comienzos de los setenta. Una crisis que en España, dependiente del petróleo —y de un petróleo del todo importado— en mayor proporción que cualquier otro país occidental, adquiriría si cabe unos ribetes más dramáticos, al solaparse con una difícil transición política que pospuso la adopción de las medidas económicas precisas.

Los precios del petróleo, que subieron de 3 a 35 dólares por barril en apenas una década, la de los setenta, iban a llegar a los 80 dólares, según algunos augurios, antes de terminar el decenio de 1980. Pero no fue así: el cartel de la OPEP perdió su capacidad de manejar el mercado y los precios cayeron por debajo de los 15 dólares por barril, alejando el espectro de la escasez, alimentando un renovado crecimiento de las economías industriales a lo largo de la segunda mitad de los ochenta y dejando atrás tanto algunos de los dilemas morales antes planteados como los esfuerzos de ahorro energético o los estudios de nuevas fuentes energéticas. La onda larga de prosperidad en Estados Unidos desde comienzos de los años noventa, seguida por las distintas economías europeas y acompañada de nuevas reducciones reales en el precio del petróleo hasta los recientes repuntes, pareció enterrar cualquier angustia respecto del futuro de la energía. Y a los alumnos de Economía de hoy, si se les habla de una posible amenaza energética, pensarán antes en algún peligro bélico o ecológico —en ningún caso demasiado inquietante o próximo—, que en un riesgo de colapso absoluto causado por el agotamiento de los recursos energéticos. De hecho, dos décadas después del primer informe al Club de Roma, los autores actualizaron sus cálculos y reflexiones, plasmados en un nuevo libro, *Más allá de los límites del crecimiento*. Volvían a plantear que el mundo «había sobrepasado sus límites», y que eran precisas medidas de control. Pese a que su publicación, a caballo de 1991 y 1992, vino a coincidir con un período de recesión económica del mundo occidental, el eco fue más bien escaso. Si el lobo tan repe-

tidamente anunciado no llegó a partir de los setenta, ¿por qué esperararlo en los noventa?

Los escenarios planteados en los trabajos más recientes de la Agencia Internacional de la Energía (el organismo de la OCDE que se encarga de estos temas) tampoco son angustiosos, aunque sí apunten algunos desafíos: hasta el entorno del año 2010 ó 2020 no se esperan cambios radicales en las tendencias actuales de consumo energético y en la contribución de cada una de las fuentes —que seguirán siendo mayoritariamente los combustibles fósiles: petróleo, gas y carbón— para satisfacerlo. En el impreciso período 2020-2050 sí se espera una transición hacia nuevas fuentes de energía, del estilo de la que hace dos siglos comenzó a sustituir a la madera y a otras fuentes de energía animada, por el carbón de piedra, o de la que, a lo largo del siglo XX, dio la preeminencia al petróleo y a la electricidad, en parte obtenido también a partir de una fuente nueva, la nuclear de fisión. Todos los escenarios de la Agencia Internacional de la Energía para este medio y largo plazo tienen en común el supuesto de que «no hay una restricción natural a la oferta potencial de energía [en el mundo] para el próximo medio siglo, e incluso después. (...) La restricción no es el potencial en sí mismo, sino cómo éste se explote». Mayor incertidumbre le produce a la Agencia Internacional la dimensión medioambiental del uso de la energía, sobre todo al observar que las emisiones de dióxido de carbono de los países de la OCDE aumentan por encima de lo acordado en el Protocolo de Kyoto, y ello sin contar los previsible efectos del creciente consumo energético en las áreas en desarrollo; o la gran concentración de las reservas de hidrocarburos durante este largo período de transición energética en unos pocos países, situados, además, en áreas geopolíticas muy sensibles. Transición, por otro lado, hacia unas nuevas energías que aún hoy no están disponibles, y que no sabemos tampoco muy bien cuáles serán.

Como fuere, de la obsesión se ha pasado, si no al olvido, sí a un moderado descuido que puede ser igualmente peligroso: porque la energía sigue siendo un bien —y una actividad económica— de una importancia literalmente vital. Alejada un tanto, no demasiado, la expectativa del agotamiento o del colapso, y confiados, como estamos, en que «la tecnología proveerá», tenemos, de cara al futuro, un compromiso intergeneracional de progreso y de cuidado medioambiental, además del compromiso presente que nos obliga, por razones de eficiencia económica, al buen uso de los recursos energéticos.

Dos cuestiones adquieren, pues, un interés crucial al referirse a

HACIA UNA NUEVA ECONOMÍA DE LOS RECURSOS ENERGÉTICOS

la situación actual de los recursos energéticos, y más si se examina desde una perspectiva española, indisoluble, también en este punto, de la europea y occidental: de un lado, el ahorro en el uso de la energía; de otro, la búsqueda de nuevas fuentes. Nada nuevo en nuestra ciencia: casi en la misma época en que Carlyle tildaba a la Economía de *dismal science*, Lionel Robbins la definía como «una relación entre fines y medios escasos», de igual modo que algunos de los primeros clásicos percibieron la idea de escasez. Y, en los últimos tiempos, se ha ido abriendo paso la noción de «desarrollo sostenible» como guía para la economía de los recursos energéticos, ligada a la economía del medio ambiente y a las crecientes preocupaciones ecológicas en la opinión pública mundial.

El ahorro energético, necesidad y virtud

No es fácil, respecto del primero de los aspectos citados, el del ahorro, medir la eficiencia en el uso de los recursos energéticos. El análisis de los llamados *ratios* de intensidad energética permite una primera aproximación —algo burda, si se quiere, pero suficientemente expresiva en cuanto se examinan las grandes tendencias— a la cuestión del uso de la energía. Estos *ratios* miden el consumo de energía en relación a lo que produce una economía. La propia Agencia Internacional de la Energía advierte que este cociente entre la energía que se consume y la producción de bienes y servicios no nos da una medida exacta de cuán eficiente se es en el uso de esa energía; de hecho, son muchos los factores que pueden incidir en la intensidad energética de un país con respecto a otro, desde la climatología a la composición de su estructura productiva. Pero, en todo caso, los coeficientes de intensidad energética sí indican tendencias que pueden ser muy significativas, sobre todo cuando se comparan países de un entorno próximo.

En el caso de España, podemos compararlo con los restantes países de la Unión Europea. España partía, hace veinticinco años, cuando estalló la crisis del petróleo, de unos cocientes de consumo de energía por unidad de producto sensiblemente inferiores a los europeos medios, cerca de un tercio menores. Sin embargo, mientras los otros países europeos han ido reduciendo sus *ratios* de intensidad energética en cerca de un 25 por 100 a lo largo del último cuarto de siglo —porcentaje nada desdeñable, pues el denominador, el producto nacional, ha crecido entre tanto en más de un 50 por 100—, en España el cociente aumentó aceleradamente hasta co-

mienzos del decenio de 1980, y luego se ha mantenido en esos valores, hasta situarse hoy en las mismas cifras promedio que el resto de los países europeos, aunque su nivel de desarrollo diste aún de ser el mismo. Esta alta intensidad energética de la economía española, no justificada ni por su climatología ni por el perfil de su estructura productiva, contrasta, de hecho, con el menor consumo per cápita de los españoles, un tercio menor que el europeo medio, acorde con su menor nivel de renta. Si algo revelan, pues, estos datos, es la necesidad de extremar los esfuerzos de ahorro energético, tanto más en un país que, conforme consiga aproximar sus niveles de renta per cápita a los baremos continentales, tenderá, por lógica, a consumir más energía. Y tanto más si consideramos el acelerado deterioro medioambiental provocado por ese consumo creciente.

Es obligado hacer en este punto una referencia, aunque sea muy somera, a las líneas actuales de la política energética de la Unión Europea, dentro de la que tiene que encajarse, como es lógico, la española. Una política empeñada, desde hace una década, y como en otros ámbitos, en avanzar hacia un mercado único —el Mercado Único de la Energía— que camina con gran lentitud, no sólo por sus dificultades técnicas, sino, de un modo más claro, por los intereses nacionales, y, dentro de éstos, los de las grandes empresas que conservan posiciones de dominio de mercado contrarias a una organización eficiente de los sectores energéticos.

En abril de 1997 la Comisión Europea presentó una Comunicación sobre la «visión global de la política y las acciones en el campo de la energía», siguiendo las líneas ya expresadas en el anterior Libro Blanco, titulado «Una política energética para la Unión Europea». Esta Comunicación de la Comisión venía a revisar los principales desafíos estratégicos de la Unión Europea en el campo de la energía, resumiendo en cuatro sus líneas prioritarias de política. Primero, la gestión de la dependencia energética exterior de la Unión Europea, actualmente en torno al 50 por 100, y camino de alcanzar porcentajes del 70 al 90 por 100 en los subsectores del gas, el petróleo —en ambos, en España, la dependencia es ya hoy prácticamente del 100 por 100— e incluso el carbón; pues bien, para conseguir una mayor seguridad de abastecimiento sería preciso diversificar los suministros, fomentar los recursos energéticos propios y crear un sistema capaz de responder con flexibilidad a las situaciones de urgencia y de escasez que pudieran plantearse. En segundo lugar, es preciso avanzar en la integración de los mercados energéticos europeos, sobre la base de unos mercados más abiertos, con el fin de ganar en competitividad, esto es, de rebajar en lo posible el

HACIA UNA NUEVA ECONOMÍA DE LOS RECURSOS ENERGÉTICOS

coste de la energía. Tercero, habría que compatibilizar los objetivos energéticos y medioambientales, integrando ambos en una misma estrategia que, por un lado, estimule una más racional utilización de los recursos energéticos y, por otro, promueva el uso de fuentes energéticas renovables. Por último, la Comisión subraya la necesidad de desarrollar nuevas tecnologías, más limpias y eficaces, dentro del sector energético; objetivo que ayudaría, por lo demás, a cumplir los otros tres.

Estas líneas generales de la política energética europea cuadran perfectamente con el escenario actual de la energía en España, bien distinto del que rigió durante décadas, y que exigía cantidades crecientes de productos energéticos, básicamente de petróleo, sin tener en cuenta otros condicionantes. Se trata, hoy, de un escenario más necesitado de medidas de racionalización por el lado de la demanda —esto es, de ahorro y de diversificación de las fuentes de energía— que de estímulo por el lado de la oferta, y caracterizado, pese a alguna morosidad, por unos mercados crecientemente liberalizados.

Las nuevas energías, en el horizonte

Y bien, atendiendo al segundo de los aspectos arriba mencionados, ¿qué papel tienen las energías renovables, las nuevas energías, dentro de toda esta estrategia energética europea y española? Las llamadas nuevas energías, aunque estuvieran ahí desde siempre —el sol, el viento, la biomasa, el agua en cursos fluyentes...—, se han incorporado sólo muy recientemente a los balances energéticos de los distintos países como fuentes capaces de producir energía secundaria, electricidad, en una proporción significativa. La Comisión Europea publicó en 1996 un Libro Verde, en forma de Comunicación, con el título «Energía para el futuro: fuentes energéticas renovables». En él se constata que las fuentes energéticas renovables son actualmente objeto de una explotación aún muy insuficiente, además de muy irregular, en el ámbito de la Unión Europea; y ello a pesar de su gran potencial y de lo importante que pueden resultar esas nuevas energías para tratar de alcanzar los objetivos de la política energética antes expuestos y un crecimiento económico sostenido: hoy, las energías renovables apenas si representan el 6 por 100 del consumo energético del conjunto de los países europeos —que es también, aproximadamente, el porcentaje español—, con particular aportación de la biomasa, destinada sobre todo a la pro-

ducción de energía térmica, y de los recursos hídricos, en la generación de electricidad. Pues bien, el documento establece el objetivo de duplicar la contribución de esas fuentes de energía renovables dentro del balance energético de la Unión Europea en el horizonte del año 2010.

Ahora bien, conviene recordar que el concepto de energías renovables engloba diferentes vectores energéticos y fuentes de muy diverso grado de desarrollo tecnológico, desbordando, con frecuencia, la pura dimensión eléctrica desde la que suele considerarse a las energías tradicionales. Dentro de su gran diversidad, cabe entresacar, no obstante, una serie de características comunes a estas energías renovables, además, claro está, de la que les da nombre, la de no agotarse con el uso. La primera es su relativo buen reparto universal a lo largo del planeta; un reparto, en algún caso, como el de la energía solar, en particular generoso para muchos países de escaso desarrollo. El segundo rasgo común de las energías renovables —y distintivo respecto de las energías tradicionales— es su acomodo a una utilización más descentralizada; es decir, en formas modulares, a partir de pequeñas unidades orientadas a la demanda cerca de los núcleos de consumo, lo que, de nuevo, parece acomodarse particularmente bien a los países de menor nivel de desarrollo, aunque se integre peor en los grandes sistemas eléctricos característicos de los países desarrollados. Tercero, las energías renovables no requieren, en general, sofisticadísimas tecnologías, y emplean procesos relativamente sencillos desde este punto de vista; lo que es, también en esto, una gran ventaja para países con niveles tecnológicos intermedios. Y, en cuarto lugar, son energías intensivas en capital que, aunque requieren inversiones iniciales de una cierta cuantía, según los casos, cuentan con unos costes de funcionamiento y de mantenimiento comparativamente reducidos, dado que el recurso natural —pensemos en el sol, el aire o las mareas— suele ser gratuito.

De todo lo anterior se sigue, a modo de corolario, otra característica muy común a las energías renovables, que es, en general, y aunque tampoco estén exentas de impacto ecológico, su carácter menos agresivo sobre el medio ambiente. Pero la mayor parte de estas energías dista aún de ser competitiva —o de ser una alternativa, en la magnitud en que se requiere— frente a las energías tradicionales, a falta de una investigación más exhaustiva. Así, a pesar de sus ventajosas características, el interés por las energías renovables, que llegó a ser muy intenso en los años inmediatamente posteriores a 1973, sobre todo en Estados Unidos, decreció de un mo-

HACIA UNA NUEVA ECONOMÍA DE LOS RECURSOS ENERGÉTICOS

do ostensible a lo largo de la década de los ochenta, conforme la crisis energética fue aflojándose, los precios del petróleo conteniéndose y el crecimiento económico difundiéndose en los principales países desarrollados. Con ello, pronto se hizo patente el estancamiento de los proyectos de investigación en torno de estas energías renovables, cuyo desarrollo, por otro lado, resultó mucho más caro y complejo de lo que las optimistas previsiones de los setenta habían hecho creer.

El reverdecer de algunos de estos proyectos en los años más recientes, y el papel que ocupan dentro de la política energética de los distintos países, también en España, es el resultado, más que de una amenaza perentoria en relación con el suministro energético, de la preocupación medioambiental que ha calado en los gobiernos, en instituciones nacionales e internacionales, en los medios de comunicación y, por supuesto, en la opinión pública, muy sensibilizada ante estos temas, en los que la generación y el uso de la energía influyen de forma decisiva, tanto por el agotamiento de las reservas como por los efectos contaminantes que tiene su consumo.

Es lógico, por muchas razones, además de las puramente tecnológicas o de capital, que este desarrollo de las energías renovables se lleve a cabo primordialmente en los países más industrializados, que son también los que más energía consumen y los más presionados a reducir sus emisiones contaminantes: hay que tener en cuenta que una cuarta parte de la población mundial, la que vive en estos países, consume, aproximadamente, las tres cuartas partes de la energía primaria del planeta. Aunque esto tiene también una lectura ambivalente desde el punto de vista energético: las estimaciones de la Agencia Internacional de la Energía prevén, hasta el año 2020, un incremento del 65 por 100 del consumo mundial de energía, del que la parte fundamental corresponderá a los países actualmente en desarrollo, que son los que más aumentarán su demanda a medida que crezcan, de acuerdo con la bien conocida relación entre energía y crecimiento; y es también en estos países en desarrollo en donde las energías renovables, según se apuntó antes, pueden resultar particularmente útiles, a medida que se hagan operativas a un coste razonable. Sobre estas premisas, ¿cuál es la situación previsible de las energías renovables, llamadas a contribuir al doble objetivo del suministro energético y de la calidad medioambiental?

Pese al exiguo porcentaje actual de las energías renovables, las previsiones de la Agencia Internacional de la Energía contemplan un rápido crecimiento mundial del uso de estas fuentes, sobre todo de las nuevas renovables, como la energía eólica, que cuenta en Es-

pañía con unas posibilidades particularmente prometedoras, como ya delata el paisaje de muchas de nuestras regiones. La más tradicional de todas las energías renovables, la biomasa, la utilización de los residuos vegetales, sigue siendo mayoritaria en los países más atrasados, y su aprovechamiento se realiza de un modo muy sencillo, por combustión, en contraste con el uso ya habitual en los países desarrollados, a partir de procedimientos más sofisticados, ya sea la conversión termoquímica en complejos agroeléctricos, o bien, en el caso de los residuos urbanos, la fermentación para producir biogás o biocombustibles. De cualquier modo, el progreso de las energías renovables depende aún de un modo decisivo de las subvenciones públicas y de unos precios políticos que permitan «descontar el futuro», aún incierto, e internalizar sus positivos efectos medioambientales.

Apunte final

La energía, que ha sido una fuente primordial del desarrollo económico de las naciones favorecidas por las grandes revoluciones industriales y tecnológicas de la historia contemporánea, a partir de la que prende, con el carbón mineral como combustible, en la Inglaterra de la segunda mitad del setecientos, se ha consolidado como un factor de inconmensurable importancia en el modo de vida de las sociedades modernas. Un recurso que no es un maná, por mucho que no siempre se valore, y que amenaza el progreso futuro de la humanidad al menos por dos vías: por la contaminación que provocan las fuentes energéticas actuales y por la propia expectativa, más o menos inminente, según unas u otras estimaciones, pero en todo caso inevitable, de agotamiento de esos recursos.

De cualquier modo, y aunque tengamos que contradecir la conocida frase del Eclesiastés, puede que sí haya algo nuevo bajo el sol en este comienzo del siglo XXI. Sólo al comparar las nueve gigatoneladas equivalentes de petróleo consumidas cada año en el mundo con las ciento treinta mil vertidas sobre la tierra en forma de energía solar —y ello sin contar la de la mayor parte de las otras energías renovables, dependientes, directa o indirectamente, del sol—, nos damos cuenta del potencial de recursos que resta por aprovechar. La cuestión, como casi siempre en Economía, es cómo. De momento, ese desafío, el de prepararse para los nuevos tiempos, habrá de coexistir con el máximo ahorro de los recursos energéticos disponibles. □